

# Tierra de Nadie

Abril Novoa

Todos tenemos un punto en común

# T I E R R A D E N A D I E

Escrito por  
Abril Novoa

# Capítulo 1

## Capítulo 1

El sillón frente a mí era de un color bordó con unas terminaciones de hilo en forma de curvas de color rojo, se veía cómodo, pero algo añejo y desgastado. Mi sillón era exactamente igual a ese, pero me aportaba un dato más acerca del anciano de cabellos blancos y rostro templado sentado frente a mí: la mayor parte de su vida, la soledad había sido su mejor compañía; y solo bastaba con reposar sobre los resortes del cómodo asiento, para notar cuan poco utilizado había sido, y es que sentados uno frente al otro en el living de su propia casa, no hacía falta aclarar mucho más.

- Pues, finalmente aquí estamos –oí su voz ronca y levanté mi mirada del punto incierto en el suelo.

El celular vibró en mi bolsillo. Lo ignoré, entonces volvió a hacerlo, probablemente era una llamada de Daniel, tenía una cita con él en la tarde.

- Disculpa, tengo que... -metí la mano en mi pantalón y miré la pantalla, era Daniel.

Cancelé la cita, la conversación que habíamos arreglado podía esperar una tarde más, pero la situación que vivía quizás solo se daría una vez. De todas formas el testarudo teléfono continuó sonando y finalmente lo apagué.

- ¿Sucede algo? –me preguntó.

Negué una vez más con la cabeza.

- Debía encontrarme con mi primo en la tarde, pero habiendo aguardado esta reunión durante tanto tiempo...

- Lo sé –dijo.

- ¿Es que lo sabes todo? –le pregunté con ironía.

La alfombra bajo nuestro era de felpa y color beige, al igual que las paredes.

Un elegante living repleto de cuadros de distintos caballos iluminados con pequeñas luces. Al mirarlo notaba que cada detalle me impresionaba como si ya lo hubiera visto; la forma en que todo se encontraba sumamente colocado en detalle, parecía haber sido ideado por mí. Un lugar que perfectamente hubiera podido ser mío. Mi atención una vez más

se ve comprometida cuando sin previo aviso, el hombre sentado en el sillón deja de estarlo, y sin siquiera volver a registrar que me encuentro allí, toma un par de llaves de una cazuela sobre la pequeña mesa ubicada en medio, y luego camina decidido hacia el rústico perchero, se coloca un largo abrigo de color negro y abre la puerta como si el peor espectro lo hubiese ahuyentado, pero da un paso fuera del umbral y entonces apoya la espalda contra la pared en carácter de duda, se pasa una mano por el rostro, y al instante, lentamente comienza a retroceder cada uno de sus movimientos con un gran gesto de arrepentimiento: Coloca nuevamente el sedoso abrigo negro en el perchero, arrebatando las llaves contra la cazuela y seguidamente camina hacia una encerada mesa tras de mí, toma un reluciente vaso de vidrio, y lo llena con la medida justa de whisky. Se pierde en el pasillo.

Estaba algo atontado cuando oí un chasquido y volví a levantar la mirada del punto incierto en el suelo, apreté mis ojos y noté que el anciano todavía estaba sentado allí. Lo miré más confundido.

- Estoy hablando contigo –me dijo.
- Tú te has ido –le respondí.

Pero frunció el ceño e inclinó su cuerpo hacia delante.

- ...No me he movido de aquí.

En unos segundos volvió a echar su espalda contra el asiento.

- Y respondiendo a tu pregunta –agregó-, lo único que si soy capaz de saber, es que cada persona en la faz de esta tierra espera al menos una vez, tener una conversación como esta, y es por eso que entiendo cuanto has esperado.

- ¿Me conoces? –le pregunté.

- Más de lo que tú crees, Julio Bescha –dijo fijando sus ojos en los míos- ... ¿Tu indagaste acerca de mí, o no es así? Acerca de lo que yo puedo o no puedo llegar a hacer... pues, bueno, yo también me he dejado llevar por la curiosidad.

Mucho tiempo antes de hallarme detenido en aquel living, hacía algunas semanas, sí había intentado encontrar algunas respuestas, por lo que, caminando desorientado alrededor de algunas calles logré dar con el bar en que creí obtendría seguridad sobre lo que estaba dispuesto a hacer.

- El poder de lo invisible –digo esa noche al hombre siendo alumbrado a

media luz, para dar inicio a la conversación planeada.

Asiente.

- ¿Por qué quieres encontrarlo? –Me pregunta completamente desentendido- Sabes lo peligroso que es.

- No es peligroso... Quiero decir, peligroso no es la palabra; porque tú lo dejas entrar.

- Cuando una mente es abierta no puede volver a cerrarse, Julio. Y allí yace el peligro. Piénsalo, ¿qué sucedería si todo lo que ya te has acostumbrado a ver se transformase?... Tú ahora tienes la oportunidad de ser joven, y deberías conformarte con eso... dejar que las cosas continuasen en su estado.

Sin embargo la advertencia me había parecido absurda y allí estaba.

- ¿Y si te dijera que podría hacerte revivir toda esa historia que llevas en tu cabeza sin siquiera tener que moverte de dónde te encuentras...? ¿Lo dudarías?–me cuestionó. Su voz era tan ronca por la edad como por el alcohol al que, estaba seguro, se sometía- Igual, resérvate la respuesta –se respondió- porque no nos aportaría nada relevante.

- ¿Qué debería hacer? –cruzó por mi cabeza, escapándose de mis labios. Acomodé el peso de mi cuerpo en el sillón con algo de incomodidad.

- Solo abrir tus sentidos –entendió-, necesito una única parte de tu cerebro y no debes estar recepto a ello.

- ¿Cómo lo harás?

- ¿No lo has notado todavía?

El auto lentamente estaciona sobre el garaje y apaga las luces. La lluvia es tan fuerte que el hombre debe correr con una carpeta sobre su cabeza al bajar. Abre rápidamente la puerta de vidrio del pequeño hogar y una vez dentro limpia sus zapatos en una alfombra de color madera, luego da algunos pasos y al final del pasillo a la derecha se encuentra con un velador de luz amarilla, un cuarto completamente blanco y cinco sillas, cuatro de ellas ocupadas.

- Buenas Tardes –dice.

Las personas ahora lo miran y asienten con un murmullo. Toma asiento y se friega las manos aun húmedas por los pantalones. El hombre lleva un corte de pelo moderno y de un color castaño oscuro, sin embargo reconozco que es la misma persona que ha estado sentada frente a mí en el sillón; el anciano es ahora un hombre de unos treinta y tantos años de

edad, y el líder de un extraño grupo.

- Afuera llueve bastante –vuelve a hablar colocándose un par de anteojos.

Las sillas se componen de una mujer de unos 60 años con canas y rostro inexpresivo, una joven de ojos claros y pañuelo rosado cubriendo su cabeza, un hombre de rostro y postura rígida y cabello al ras, y otra mujer de aun mayor edad con una media sonrisa nerviosa dibujada en el rostro.

- Señora Mónica... ¿la acompañó su nieto hasta aquí, cierto? –pregunta el líder.

Esta última asiente con la cabeza y hace más visible su sonrisa.

- Bueno, muy bien entonces...

El único gesto que inconscientemente cada uno de ellos comparte entre sí, es el de la mirada perdida. Sus ojos revolotean por todo el sitio y por ninguno a la vez. La joven del pañuelo juega con sus dedos.

- Los nombré para asistir a esta reunión por una razón especial y muy importante –comienza a aclarar sin recibir mucha atención-, una que tal vez no comprendan al principio, pero que luego se transformará en su más grande conexión a la vida... pueden llamarme One y ustedes podrán colocarse un apodo si lo desean, no tienen por qué llamarse por sus verdaderos nombres, lo que quiero decirles es que... - iba a continuar pero entonces detiene sus palabras por completo y da un gran suspiro, las miradas aún continúan dispersas y nadie realmente se interesa por la situación.

Es cuando decide cambiar la técnica, al parecer tiene una gran experiencia.

- Todo se resume en tres palabras, Tierra de Nadie –dice en tono firme, y logra obtener la completa atención de uno de los miembros. El hombre de postura rígida, corte al ras e inquebrantable mueca, que ahora tiene sus ojos fijos en los de él e indica que comprende perfectamente lo que este ha dicho.

- ¿Qué son las emociones? –le pregunté al anciano nuevamente frente a mí.

- Nosotros lo somos –me respondió-, porque en este instante yo puedo brindarte una, y entonces tú podrías brindarme otra...

- ¿Tú eres "One", cierto? –lo miré.

Apretó sus labios y luego de exhalar el aire de sus pulmones.

- Si, lo soy –respondió.
- One... has dicho que me harías vivir toda la historia en mi cabeza, y... ese eres tú... no soy yo.

Solo me miró, como si hubiese dicho algo fuera de lugar.

- ¿Por qué puedo ver aquello? –indagué.
- ¿Por qué siquiera te encuentras aquí? –me preguntó.

Esta vez yo hice silencio.

- Las emociones nos controlan... -dije.
- Y esa es la razón por la que yo podría controlarte a ti.

Comencé una frase pero automáticamente fui interrumpido sin importancia.

- Todo es acerca del sexto sentido –dijo- Tu puedes percibir aromas, sonidos, sabores, imágenes y relieves –gesticuló cada palabra pronunciada- gracias a los cinco sentidos que tienes, y a lo que yo llamo nuestra percepción inmediata de la realidad. Pero... ¿Qué sucede con lo que transcurre en medio de todo ello? –me preguntó.

Al no saber que responder solo me quedé mirando. Lentamente inclinó su cuerpo una vez más hacia delante.

- ¿Quieres decir...? –comencé pero completó mi frase.
- Los pensamientos, deseos, sentimientos e intuiciones. Lo invisible pero cierto, lo que se sabe se encuentra allí todo el tiempo pero se ignora. Ellos, son nuestro sexto sentido, y por lo tanto nuestra percepción consecuente de la realidad.
- ¿Por qué dices entonces que podrías controlarme?

## Capítulo 2

### Capítulo 2

Durante unos largos segundos el hombre de rostro rígido y One mantienen su mirada penetrante uno en el otro. El primero en bajarla es One.

- ¿Se refiere al lugar en donde... los soldados quedan a la deriva? y... en el cual, ¿no se haya nada ni nadie alrededor? –dice entonces la joven del pañuelo, inesperadamente.

La adolescente aparentaba hallar su atención en un lugar completamente diferente, sin embargo se encontraba totalmente inmersa.

- Exacto –le responde One, mirándola, y sabiendo que aquel hombre de carácter rígido será el más difícil de entablar.

- ¿Puedo preguntar cómo lo sabes? –agrega. Ella aun mira sus manos.

- Pues... solo lo sé, muchas personas lo sabrían... además no se necesita ser demasiado inteligente para notar que él –señala al hombre-, ha sido o es un soldado, y elevó su vista al instante en que mencionaste tal cosa. –mira a One, luego vuelve a bajar su mirada.

La postura rígida del hombre a su costado, no deja de serlo, pero casi de manera imperceptible se torna algo menos tiesa y más humana.

- Tienes un sentido muy agudo de la percepción. –sonríe One de lado. Piensa además, que los prejuicios no funcionarían con aquella joven.

El silencio vuelve a la sala, pero no por mucho tiempo; según el líder, la astucia se aprecia en la espera, y con tiempo a todo se llega.

- Usted ha ido a la guerra y aquí está, señor. –afirma la mujer de alrededor de cincuenta años, con tono firme y voz temblorosa- No deseo ni es mi intención ser irrespetuosa, pero... es un hecho muy difícil para mí el que...! –rompe en llanto sin siquiera finalizar la frase, y las lágrimas no dejan de brotar de sus ojos y no de una forma particularmente silenciosa.

Todos los pensamientos de aquellas personas circulan en torno a aquel hombre, el mismo que a pesar de haber sido adjudicado con la dura posición de soldado de guerra, aun no atina a contradecir o afirmar

ninguno de los dichos y solo observa calmado desde su asiento.

- Es muy difícil, porque –continúa aun sollozando y conteniendo la respiración. Todos han volteado sus cabezas a verla, incluso One se halla petrificado.- Porque mi esposo ha muerto. Ha muerto y... es que la vida ha decidido llevárselo de una manera tan estúpida..., usted ha ido a la guerra, sin embargo...-hace un gran silencio y cubre su rostro con las manos-  
Disculpen –dice al fin, toma su cartera, se levanta de la silla y camina hasta la puerta por la que ha entrado. A los segundos el olor a tabaco los impregna a todos.

Mónica, la anciana mayor, tiene aún esbozado en su rostro el dolor de una madre, y demuestra una gran preocupación por ella. Nadie por “el soldado”.

- Estamos aquí debido a la percepción –habla One atrayendo nuevamente la atención del resto- La percepción es aquello... que nos permite darle sentido a un recuerdo, es aquella canción, aroma o sitio que complementa nuestra memoria. A veces esos recuerdos se arraigan tanto a una persona que casi se vuelven parte de ellas. La señora Madison aun circula alrededor de la muerte de su esposo, alrededor del recuerdo de su presencia que le advierte que ya no se encuentra aquí; y la percepción es la culpable de su susceptibilidad, que le hará interpretar a todo como un motivo de defensa.

- ¿Puedo acompañarla? –pregunta Mónica con su voz apagada.

One asiente, y la joven al verla enlentecida, la ayuda a pararse, luego esta consigue caminar sola hasta Madison.

- Puedo comprenderlo. Yo lo atravesé –dice la joven después de volver a su asiento. Luego mira al soldado y esta vez le habla a él- Disculpa, eres tan conversador que seguramente acabo de robarte la palabra, pero realmente necesitaba hablar –entonces vuelve a One- Yo sentí ese dolor –dice- Aun lo hago. El cáncer... -se quita el pañuelo con cautela descubriendo una bella calvicie-, me ha dado lugar a sentirlo casi todo el tiempo, a veces son pequeñas perdidas las que se sufren, pero son las que al mismo tiempo van llevándote al tener que aceptar que quizás algún día todas se conviertan en una de mayor magnitud que tome tu vida entera; y que si bien no notarás, sabes que si lo harán los demás, y te dolerá el verlo cuando tu alma tenga la posibilidad de continuar aquí por un tiempo luego de ello.

“Cuando tu alma tenga la posibilidad de continuar aquí por un tiempo”

One piensa que aquello no es algo común, que pase tanto en un primer



encuentro. Tantos imprevistos.

- ¿Por qué dices que podrías controlarme? –resuena nuevamente la pregunta en aquella sala de estar.

- ...Cada persona posee recuerdos y cada persona tiene la capacidad de revivir esas situaciones en su mente logrando reavivar sensaciones que tal hecho, le hubiere producido en su momento. Ahora, ¿Qué sucedería, si te dijese que podemos compartir nuestros recuerdos, y... que podemos hacer nuestros, recuerdos que quizás solo hubieran podido ser parte de una única mente?

- ¿Eso haces con el grupo?

- Si lo piensas no hay tanta ciencia en ello, solo fue parte de una investigación que logre con éxito. No todos vivimos las mismas situaciones en la vida, y eso nos hace alejarnos entre nosotros. Piénsalo, si todos los caminos del mundo se hallaran conectados cualquiera podría llegar a donde quisiera con solo elegir uno, pero sabiendo que en realidad existen cortes e interrupciones en medio... las personas socializamos a través de las conexiones que solo ocasionalmente logran establecerse entre nosotros. Lo que siempre creí fue que podrían construirse caminos que transformasen a un grupo de personas en un mismo ser, porque si compartes emociones con personas, los recuerdos solo serán el recorrido que los llevarán a unirse.

- Pero... -iba a contradecirle, y solo me mantuve en silencio.

- Dilo.

- Sucede que, cualquiera podría hacer lo que tú dices. Me refiero... si desde este sillón eligiera contarte una historia, estaría trasladando a tu mente un recuerdo que solo forma parte de mí.

- No se trata únicamente de lo que uno pueda ver o expresar, sino de lo que pueda sentir. Lo que ahora nos sobrepasa de manera invisible y sin verlo podemos transmitirlo. Verás... uno antes de prepararse una sabrosa taza de café caliente, por ejemplo, piensa en ella, lo que lo lleva al deseo de sentirla en sus labios, y luego al hecho de que se encuentre bebiendo en sorbos lo que antes fue solo un pensamiento... No siempre lo que pensamos o deseamos termina convirtiéndose en nuestra realidad inmediata; sin embargo el camino que va desde el pensamiento a la realización no es visto, cuando es el que lleva a una persona a los hechos, a las decisiones, a las...

- Está bien –lo callé- Está bien. ¿Cómo estableces esos caminos?

La joven continúa hablando desde su asiento, ahora sin el pañuelo en su cabeza, y poniendo al descubierto un bonito sweater también rosado, un jean azul y una peculiar tez blanca junto a un par de ojos color pardo.

- Yo en ese entonces sé que la doctora aguardará por mí –comienza-, porque me lo ha asegurado: “No importa cuál sea el resultado, aquí estaré. Puedes venir con alguien si deseas”, me repetía. Y por esa razón, mi tarde, esa en la que obtendría una respuesta, logra consistir únicamente en miles de especulaciones formuladas por mi cerebro en el transcurso de las horas; de entre tantas, la que más consigue perturbarme es la de concluir en que mi vida ha pasado a depender de un mero trozo de papel y un par de letras. Pienso en que deseo muchas cosas, sin embargo entre ellas no se halla la compañía, y me aseguro de ello porque debo afrontarlo sola, y la realidad es que solo me afectará a mí, con lo cual mi rutina ha sido tan indistinta a siempre: Luego de arribar el día tras el despertador, he tomado mi común taza de té con medialunas en la pequeña mesa de la cocina, y una vez lista con mi camisa blanca y pantalón oscuro de vestir, he partido al trabajo... una de las cosas que realmente me alegro de haber perdido, al trabajo me refiero, debido a que en muchas oportunidades había llegado a crearme al borde de la locura sentada tras el mismo monótono escritorio durante tanto tiempo oyendo a todas esas voces hablando a la vez, a algunas en un tono de voz más alto y otras más bajo, y aun así no logrando interpretar una palabra de ninguna; luego a los pitidos telefónicos, y los pasos de ida y vuelta más los trapeadores intentando disimular las pisadas al final del día. Siempre igual. Pero en fin, si bien no he querido notarlo al principio, finalmente me vuelvo consciente de que todos esos sonidos y situaciones no han estado casi presentes en mi cabeza más que por momentos, y es que... si, el trozo de papel y el par de letras han conseguido agobiarme atacando a todos mis sentidos; y a las 19:30hs me encuentro sentada en la misma silla de hacía una semana, frente a la misma doctora de grandes anteojos y dientes pequeños.

- El momento ha llegado –le digo yo, fregando mis manos contra el pantalón en un gesto de ansiedad, e intentando romper el hielo.

Sus ojos antes de que siquiera hable me lo han dicho todo, pero aun así decido guardar silencio.

- ¿Has traído compañía? –me pregunta.

Aprieto mis labios y volteo a mis espaldas. Comprende que no.

- Bueno Susan –dice entonces. – Los resultados no... no han salido como esperábamos. Los linfocitos deberían haber arrojado un tamaño menor del que demostraron tener para que pudiéramos mantenernos sin problemas, y las circunstancias no se han dado como tales. –luego de decirlo aguarda

algún tipo de reacción en mí, pero yo no soy esa clase de persona, así que la incito a que continúe. – Tu sistema linfático se halla comprometido de formas que no me hubiera gustado tener que detallar y los resultados nos advierten que-

– ¿Tengo cáncer? –la interrumpo acortando su explicación, la cual estaba segura no comprendería.

– Tienes linfoma a media etapa, Susan. Pero déjame decirte que existen muchas probabilidades de que el tratamiento salga a nuestro favor. Nuestro hospital posee cuantificables registros de pacientes que luego de haber sido tratados, incluso desde etapas aún más graves que la que tú tienes, se han curado a tal punto de deber controlarse solo unas cuantas veces al año, el hecho es que-

– ¿Podríamos continuar otro día? –le respondo con mi mejor sonrisa

– Pero Susan, debes saber que-

– Puede aclarármelo en otro momento... la explicación sobre lo que ahora tiene mi cuerpo, no lo hará cambiar de estado. En cambio mi cerebro dice que debo procesarlo y luego descansar. ¿Está usted de acuerdo?

– Pues, si... -habla atónita.

– Muchas Gracias, doctora – susurro y me levanto de la silla, luego estiro mi mano sobre el escritorio para estrecharla con la suya. –Contaré con ustedes–agrego. Luego abro la puerta de su consultorio y me marchó.

- Llego a casa algo perdida, dejo mi bolso al costado de la puerta y me apoyo contra esta. Ninguna emoción brota de mi interior, lo cual me preocupaba. Llevo las manos a mi rostro y ninguna lágrima se escurre de mis ojos, entonces me quito las zapatillas porque no deseo estar en ellas, y camino hasta la alacena para tomar una copa; elijo una fría botella de vino tinto y lo sirvo muy lentamente en ella; inmediatamente arrastro mi peso hasta el sillón y solo me siento allí.

Las personas pagaban su renta en el lugar en que trabajaba, pero yo no podría recurrir a ningún sitio en donde me cobraran por la extensión de un asegurado tiempo de vida en la tierra, debido a que los líquidos desconocidos que insertarían en mis venas solo jugarían una pulseada con las horas y los días, para demostrarme de esa forma, el poder del destino que una vez que le pone el ojo a algo, lo consigue con solo elegir un camino. Si debía morir, ¿para qué retrasar lo inevitable?

Es un buen vino, uno muy bueno en verdad, su sabor es dulce, suave, fresco y tranquilizador. El temblor de mis incontrolables manos han logrado ocasionar una contundente mancha en uno de los almohadones entre mis piernas, e igualmente no doy importancia. La copa fría entre mis labios, y el sabor recorriendo mi garganta, han colocado al momento en

piloto automático, y eso si era algo que deseaba. Golpearon la puerta tres veces, pero no respondí; luego volvieron a hacerlo y esta vez oigo su voz, la voz de Oliver. No me hubiera parado de otra forma. Apoyo la copa sobre la mesa, e intenté acomodarme mi cabello de camino a la puerta, entonces giro el pomo. Su rostro se encuentra cubierto por un ramo de flores, finalmente las coloca contra su pecho y descubre sus profundos ojos verde claro y cabellos oscuros, pero su expresión no es la misma al ver mi semblante inexpresivo... le llevó menos tiempo del que hubiera creído:

– ¿Qué sucede? –me pregunta. Hice lugar para que entrase y luego de apoyar las flores sobre el sillón me abraza muy fuerte. Sus brazos envuelven todo mi cuerpo. Enredo mis manos en la parte trasera de su cuello, y susurro a su oído que no me suelte, por lo que no lo hace durante unos largos segundos. Luego se afirma frente a mí y me sonrío arqueando las cejas, pero mis gestos se hallan al borde del abismo y no responden.

– ¿Por qué has venido? –le pregunto con mi voz entrecortada.

– Simplemente quería verte.

– No entiendo como lo haces...

– ¿A qué te refieres? –me pregunta dejando un corto beso en mi mejilla.

– A que... podrías no haber aparecido, pero siempre lo haces, siempre llegas...

– Ven... –dice tomándome de la mano, y sentándome a donde he estado con mis piernas enrolladas.

Apaga cada luz de la casa, y solo deja encendido el pequeño velador del living. Trae mi copa de vidrio, y al estirar mi mano para tomarla, solo queda suspendida en el aire. Oliver bebe de ella junto a mí.

– ¿Quieres hablar? –me pregunta.

Niego con la cabeza.

– ¿Quieres cambiar tu ropa? Aun no lo has hecho...

No le respondo, solo recuesto mi cabeza en su pecho y solo escucho sus latidos y su respiración, me rodea con uno de sus brazos.

Aquella luz en la oscuridad, aquel velador, es todo lo que puedo ver, lo que conozco y distingo a pesar de su pequeño tamaño. Quien sabría qué

es lo que sucedía dentro de mí. Lo único que si reconozco es al miedo, el primero en asomarse, un miedo incontrolable a lo desconocido.

– Espera –dice Oliver rompiendo el silencio tal como si hubiera leído mis pensamientos.

Deja el asiento y camina algunos metros, entonces choca uno de sus pies contra las sillas y se queja del dolor, lo cual me provoca una imperceptible risa. Oigo el sonido de la copa apoyándose en la mesada, y una vez más a sus pasos viniendo hacia mi dirección, enciende el reproductor de música, y me extiende sus brazos, logra ponerme de pie. Cuando la música lenta comienza a impregnar el ambiente cálido, me apoyo en su hombro y él en el mío. Nuestros pies se mueven muy lento, y los de Oliver, pisan los míos. Siento su respiración en mi cuello junto a sus continuas sonrisas.

Entonces enfrento mi rostro al suyo.

– Gracias –le susurro viendo sus labios y luego sus ojos.

Siento su sorpresa cuando lo beso, es algo pausado, solo he apoyado mis labios sobre los suyos. Al rozar nuestras bocas me enamoro cada segundo al sentir que su sabor es aún más dulce que cualquier vino fino que pudiese probar. Nuestros labios se abren y se cierran en un perfecto movimiento. Acaricio sus mejillas y él aún mantiene sus manos en mis caderas.

– Gracias –vuelvo a repetirle separándome. Todavía mantiene sus ojos cerrados cuando vuelve a acercarse a mí y besarme.

Recorre con sus manos mis caderas hasta llegar a mi rostro y entonces todas las emociones en mi interior encuentran su camino y consiguieron estallar en una. Llanto.

Se separa de mí y no llega a sostenerme cuando me derrumbo en el suelo cubriendo mi rostro. Se deja caer también, y no deja de abrazarme mientras mi respiración entrecorta mis lágrimas.

– Es que... Oliver... -susurro viéndolo en el suelo-, no puedo saber exactamente cuántas... cuantas veces podré volver a... besarte luego de esta.

La señora Mónica y la señora Madison, se encuentran nuevamente en sus lugares y han oído atentamente cada palabra pronunciada por aquella joven, al igual que One y el presunto soldado que parecen haber bajado sus barreras invisibles; Pero la joven ha sido la última en darse cuenta de ello, ha estado tan inmersa tras cada palabra y sentimiento dibujado y desdibujado en su rostro, que solo ha sido capaz de revivir su historia y

no notar que ellos, también han sido parte.

Es evidente que no saben qué decir luego de semejante relato, y sin embargo entienden que el silencio una vez más, ha sabido exponerlo todo.

- One, hay algo que logra hacerme... ¿sentirlos? –dudé, mirando al anciano en el sillón terciopelo bordo frente a mi.- Como si...pudiera comprenderlos, o...

- Te identificaras –completó. Asentí en cámara lenta.

- Como si los conociera.

Sonrió.

- ...

- ¿Así fue cada encuentro? –le pregunté.

- Cada uno tuvo su particularidad –respondió. Sus ojos eran de un color azul oscuro y sus cabellos completamente blancos. Llevaba puesta una camisa color celeste apagado bajo el blazer negro, y un elegante pantalón también negro.- Debo explicarte que realmente es muy fácil transformar a las personas en nuestros fantasmas, fantasmas a los que luego veremos vislumbrados en recuerdos o en sentimientos retratados en imágenes u objetos; y eso fue lo que sucedió allí, a cada segundo. Recuerdos, personas, momentos y situaciones que lograron conectarse en aquello que sin saberlo todos compartían.

- ¿Por qué tu reloj se encuentra detenido? –miré sobre su cabeza y ahí estaba. Hora 11, minuto 20, podría haberse detenido en medio de una noche o al comienzo de una mañana. Había logrado notar que sus agujas no emitían el mínimo movimiento, luego de haberlo observado con la excusa de calcular cuánto era el tiempo que ya llevaba allí, y su inactividad había arrojado ante mi vista que siquiera aun había circulado un segundo.

- No tengo la necesidad de controlar al tiempo; y de esta forma -voltea su cabeza a verlo- los segundos siempre se hallan de mi lado. Tal como si el tiempo aquí no transcurriese... además al verlo en aquella tienda debí comprarlo, míralo, es una reliquia.

Lo era... sus números en romano, su caja de madera lustrada y brillante, su péndulo de cobre y sus bellas agujas con aquel arte en sus extremos lo hacían uno particular y nada común. Además de su razón extraña por

encontrarse en vano, detenido.

- ¿Ha funcionado? –indagué.
- Estoy casi seguro –comentó-, aunque nunca se sabe.
- Quiero decir, ¿nunca lo has usado?
- ¿No lo ves sobre mi cabeza?